

AUTOANÁLISIS DEL SUJETO DE LA CRÍTICA

Laura Scarano
UNMdP-CONICET

*“Me disculpo por exponerme así ante vosotros,
pero estimo que es más útil contar lo que se ha experimentado
que simular un conocimiento independiente de cualquier observador.*

*En verdad no hay teoría que no sea un fragmento,
cuidadosamente preparado, de alguna autobiografía”*
(Paul Valéry)

El título de este trabajo se inspira en un libro que Pierre Bourdieu comenzara a redactar en 2001, pero que fue publicado después de su muerte, titulado *Esquema para un autoanálisis* y traducido al castellano como *Autoanálisis de un sociólogo*. Allí intenta escribir sobre su trayectoria intelectual, pero rehúye la categoría de “autobiografía”, postulando la de “autoanálisis”. En sus “Notas preparatorias”, señala que éste consiste en un “análisis sociológico que excluya la psicología, salvo algunos estados de ánimo” (9). Lo encabeza con un epígrafe escueto, rubricado con su firma como póstico: “*Esto no es una autobiografía. (Pierre Bourdieu)*”, imitando el provocativo gesto de René Magritte con su pintura de una pipa, que titulara en 1928 “*La traición de las imágenes (Esto no es una pipa)*”¹.

Bourdieu había denunciado “la ilusión biográfica” en un trabajo de 1997, poniendo en cuestión la relación transitiva entre palabras y cosas, imágenes y objetos materiales, lenguaje y realidad. Pero sin duda, al escribir su historia profesional y analizar su trayectoria como sociólogo, no puede evitar inscribirse en las “escrituras del yo”. Para sortear la inevitable “traición de las imágenes”, añade un matiz fundamental: nos previene que no hará un autoanálisis de su intimidad afectiva ni le interesa la confidencia biográfica, sino que se propone auscultar su “oficio de científico”, que no obstante sólo se comprende en el cruce de ambas esferas, privada-pública, individual-social. Por eso en su indagación y buceo analítico se

¹ Michel Foucault escribió un interesante estudio titulado *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte* (1993), donde refuerza su teoría sobre la falsa ilusión que une las palabras y las cosas.

impone *per se* el vocablo “intelectual”, ya que se trata de una *auto(r)representación*, que excede la mera remisión a la persona empírica para desplegar además la historia cultural de Francia de la segunda mitad del siglo XX, que él vivió, compartió y ayudó a articular. El orden social queda pues naturalmente integrado y dentro de él se articula “el sujeto de la crítica”, que nos “cuenta” su vida al tiempo de advertirnos sobre los límites de tal gesto, atento a los riesgos de una mecánica transposición.

En esta senda transitada por Bourdieu se puede inscribir la provocativa propuesta de este Simposio: mirarnos como críticos y teóricos “ante el espejo”; ejercicio que está orientado a reforzar una dimensión a menudo ausente en nuestra vida académica: la indisoluble conexión entre lo que hacemos y lo que somos. Como consignan en la Circular las organizadoras: “los críticos y teóricos de la literatura, a diferencia de los creadores, no suelen especular sobre los vínculos entre sus prácticas y sus recorridos vitales”. Ya sabemos cuál es una de sus causas. Padecemos el furor estructuralista, la imposición de reglas “duras” ajenas a las disciplinas sociales, y asistimos a la tachadura de la subjetividad en aras de una objetividad extrema inalcanzable. El afán de saneamiento metodológico que las teorías formalistas y cientificistas desarrollaron en torno a los discursos humanistas durante el siglo XX fue mucho más que una corrección benéfica; más bien tendió a anular una dimensión crucial de nuestra enunciación. Sentimientos, afectos, valores del sujeto que estudia, escribe y analiza el orbe social o literario en este caso, fueron estigmatizados, como si el lenguaje pudiese sostenerse por sí solo. Afortunadamente, junto con el declive de las “epistemologías del fin” (del sujeto, del sentido, de la acción sobre el mundo), han ido aflorando en la escritura palabras como “identidad”, “experiencia”, “historia”, “biografía”. Y me hago eco del objetivo central de las organizadoras: traer a la mesa del diálogo “un componente por lo general elidido en la actual configuración del campo: las posibles correspondencias entre la trayectoria pública del investigador y su biografía”.

Si bien son claras las intenciones, no me atrevo a augurar el éxito de los resultados en mi caso. Precisamente porque esa herencia ha hecho que fluyan libres y ligeras las palabras cuando asumimos la voz de un sujeto académico impersonal, y se muestren torpes, dubitativas y quizás avergonzadas las que

afloran desde el *yo personal*. Hablar de *quién soy* hoy significa comenzar a pensarme históricamente: ¿*quién fui* y como llegué a ser lo que soy? Y como en todos los relatos del yo, la dimensión temporal, retrospectiva, es insustituible. Al articular mi “identidad narrativa” (siguiendo la elocuente formulación de Paul Ricoeur [1987]), intento auscultar mi trayectoria laboral, intelectual y personal, aunque bien sé que el interés epistemológico de estas reflexiones es más bien nulo; sólo se sostienen como gesto por la profunda convicción que tengo de la necesidad de socializar el acto de auto-conocimiento. Todo relato de vida sólo se justifica cuando es compartido, porque la alteridad constituye al yo en cada una de sus manifestaciones; mucho más cuando este yo se hace palabra, enunciación, escritura en el espacio público. Este Simposio y sus Actas serían un remedo de la antigua *ágora* grecolatina analizada por Bajtín, donde los actos verbales de autojustificación se realizaban en un cronotopo real, la plaza pública. Todo discurso autobiográfico pues se revelaría bifronte: construye una identidad retórica (el relato de la propia vida con un *cronotopo interno*), pero es a la vez un acto de comunicación y justificación frente a los otros (*cronotopo externo*). Como afirma José María Pozuelo Yvancos, actualizando a Bajtín: “La *nueva ágora* es el libro, la escritura se hace pública e inventa un yo pero lo presenta como verdadero” (210).

Mi primera memoria para narrar tal identidad es la lectura. Desde niña fui ferviente lectora de dos géneros aparentemente antitéticos: poesía y relato policial. De la poesía me atrajo la concisión y brevedad, la potencia del fragmento, la música aliada con impensados universos metafóricos que mi mente jamás había imaginado, el secreto pacto entre ritmo y sentido. Ya escribía versos en la escuela primaria, donde copiaba a los poetas que iba aprendiendo al compás de los manuales escolares: Gabriela Mistral, Rubén Darío, Alfonsina Storni, Baldomero Fernández Moreno, Amado Nervo, Francisco Luis Bernárdez, Antonio Machado. Esos son los primeros nombres que recuerdo. Y el gusto por la poesía se afianzó con el ejercicio de la memorización: “La princesa está triste/ ¿qué tendrá la princesa?” La “Sonatina” de Darío, a pesar de su preciosismo, alcanzaba a la mayoría, como él había sospechado en el prólogo a *El canto errante*: “Yo no soy un poeta para las muchedumbres,

pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas". A los diez años yo me sentía parte de esas mayorías lectoras que el poeta modernista atisbaba lejanas. Por otro lado, casi en las antípodas, el apetito voraz por el género policial nació de mi escaso presupuesto infantil para comprar libros; y, por ende, creció al compás de mi jubiloso carnet de socia de la Biblioteca municipal, que me permitía disfrutar largos veranos de playa leyendo "de prestado" series enteras de novelas: el policial inglés, la novela negra norteamericana y todo relato que incluyera crímenes y detectives. La primera "investigación" que me sedujo fue entonces la policial.

A esa imagen de niña de escuela pública con guardapolvo blanco, se sucede la de la alumna de colegio secundario, lectora compulsiva y aprendiz de poeta en "concursos florales", con pequeños premios que enorgullecían a dos padres muy alejados de bibliotecas, poesía y lecturas literarias. Eran dos trabajadores de clase media que querían que su hija estudiara en la universidad una carrera "femenina", sin mucho compromiso y exigencia laboral, para que atendiera a futuro sus labores de madre y esposa. Nada novedoso en el imaginario cultural de una familia argentina común de los años 70 y 80: el plan perfecto para una vida sin mayores sobresaltos, afincada en lo doméstico, la placidez de la lectura, el típico sueño modesto de la docente argentina.

Pero la universidad fue un huracán que revolucionó ese paisaje de serenidad. Eran los tiempos del proceso militar (entré en 1978 y egresé en 1983), cursando materias infinitas en un Plan enciclopédico con 45 asignaturas, al compás de los años oscuros. Cuatro griegos, cuatro latines, mucha cultura clásica, medieval y europea... poco "latinoamericanismo" porque era sospechado de "rojo". Sólo dos notas quiero apuntar de este período. Una fue la sensación permanente de estar bajo un control omnímodo, invisible, que acechaba y nos tenía siempre al borde de la sospecha y el temor. Y eso se trasladaba directamente a la autocensura en las lecturas (libros dudosos leídos a hurtadillas), el cuidado máximo en las exposiciones orales y debates en clase (nada que pudiese ofender a la autoridad, nada que delatara una militancia). Palpadas de armas en el bar de la facultad eran incidentes incómodos pero lamentablemente naturalizados; sospechas de profesores

delatores nutrían a veces los pasillos estudiantiles. La otra nota, más liberadora y definitiva, fue la amistad, el trabajo en equipo, las noches de estudio grupal, la organización de lecturas colectivas (escribíamos resúmenes a máquina con papel carbónico porque aun no existían las fotocopias).

La experiencia universitaria es sin duda decisiva en la formación de una conciencia crítica, a pesar de los contextos históricos, y para ilustrarlo me viene a la memoria un fragmento de un poeta español, amigo entrañable, Luis García Montero (Granada, 1958), que quisiera leer para ilustrar ese tiempo:

.....
 Recién matriculados en la universidad,
 todos éramos humo.
 El humo de las aulas clandestinas,
 el humo de los libros prestigiosos,
 el humo de la noche y las hogueras
 donde fuimos quemando
 el misal, los temores,
 costumbres todavía de posguerra,
 inviernos y políticos
 que a través de los años habían fermentado
 su falta de color
 en los televisores...
 (“La política”, de *Completamente viernes*, 1998: 115)

Por supuesto que este recuerdo universitario del poeta granadino está anclado en el período de la Transición española, después de cuatro décadas de dictadura franquista, muy distinto al clima represivo de mis años universitarios. Sin embargo, a pesar o precisamente por ese clima, creo que ahí fue cuando conquisté mi verdadera identidad de crítica y eso definió el rumbo que tomé. Estaba segura de la apuesta ética que significaba mi profesión, convencida del poder de la literatura no sólo para decirnos sino para hacernos cosas, para construir sentidos, para dar respuestas a nuestros interrogantes más vitales. Y tomé ese camino casi sin percatarme de estar haciéndolo, pero juvenilmente comprometida con mis ideales humanistas. El flamante título de Profesora en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata a mis 23 años vino de la

mano de otra gran sorpresa: me di cuenta de que no quería enseñar en la escuela secundaria sino que quería “investigar”, aun sin saber bien que significaba ese “oficio”. Ser “investigadora” o acceder a la “carrera científica” del CONICET me parecía en ese entonces una profesión inalcanzable y enigmática, reservada a una minoría de “cerebros” desconocidos, pero estaba convencida sin embargo de mi vocación: quería auscultar la literatura hasta extraer de ella lo que nos dice del hombre, la historia y la cultura. Y del vasto orbe literario, yo quería dedicarme a la poesía, el género al que voluntariamente había renunciado como mediocre aprendiz de poeta.

De mi fructífera relación biográfica con la poesía, rescato la sabia decisión que me permitió pasar de la etapa de “poeta adolescente” a *ex-poeta*, porque ni bien comencé a leer sistemáticamente a los grandes autores del género, clásicos y contemporáneos, me di cuenta de que yo no les llegaría nunca ni a los talones. Mi riguroso sentido de la autocrítica me lo hizo sentir con absoluta crudeza: a pesar de los precoces premios florales y alguna antología municipal que imprimió mis primeros textos, “no podía ser Borges”. Preferí entonces, siempre fiel a mi sentido práctico, ser *no-poeta* y me convertí en *crítica* de poesía. Pero afirmo con estos neologismos, mi condición asociada al perfil del poeta. *Ex-poeta, no-poeta, pospoeta*: me asumí como una subespecie bizarra e inexistente, una *poeta que no fue*, una *poeta sin obra*², no malograda o frustrada, sino orgullosamente sublimada, miembro al fin de una misma familia genérica y textual. Condición que asumo de manera renovada, porque me permite crear en el espacio de la crítica una escritura vicaria,

² Aunque parece broma, esta condición se fue consolidando con el paso del tiempo, sustentada en un equívoco que me ha perseguido desde que comencé a viajar regularmente a España. Muchas veces allí me han presentado, reseñado o mencionado como “la *poeta*” italiana o argentina (que en eso también se han confundido a menudo). Avergonzada ante semejante rótulo, y por respeto hacia quienes de verdad lo son, trato siempre de aclarar el error de inmediato. Pero el equívoco persiste. Incluso me he visto mencionada en una reseña crítica española sobre una antología de poesía femenina hispanoamericana, como “la poeta que cultiva un erotismo sexuado”. En fin, los caminos del azar me han reencontrado en la adultez con mi infantil vocación poética, aunque se trate de un *alter ego* falso e inexistente.

humilde hermana menor del poema, sin complejos de inferioridad. A la vez, me visto con el mejor ropaje que nos puede ofrendar este género: ser con satisfacción una buena y asidua lectora de poesía.

Así percibo mi condición primaria de *sujeto de la crítica* y sobre este pilar edificué mi iglesia personal. La primera beca de investigación que tuve fue del Conicet, apenas recibida de Profesora en Letras, a los 23 años, y me abrió al apasionante universo de la investigación, pero también me hizo redescubrir mi amor a la docencia, que vino sólo cuando entendí mi lugar en el mundo académico: enseñaría en las aulas universitarias. Con esa beca terminé entonces la Licenciatura en Letras, escribiendo una Tesis sobre la figura del poeta en la obra Rubén Darío, dirigida por un joven mendocino recién llegado de España en los años 80 (Ignacio Zuleta). Y recuperé así con creces los sentidos que intuyera en aquella “Sonatina” dariana, que repetía de memoria en la escuela primaria. Después vinieron los indispensables estudios de posgrado, pero como no había ninguna carrera en ese entonces en la Facultad de Humanidades marplatense y el desarticulado Doctorado en Letras de la Universidad de Buenos Aires, terminado el régimen militar, aún estaba tratando de recomponerse, decidí irme al exterior en 1986 y acepté un cargo de *Teaching Assistant* en The Ohio State University, en Estados Unidos, y hacia allí me lancé con la inconsciencia y la juvenil ambición de los 26 años. Casi tres años viví en Columbus, Ohio; terminé el *Master* en 1988; trabajé enseñando español en el campus norteamericano (con acento argentino, pero hablando a la fuerza de “tú”); aprendí a sentir nostalgia por mi país, a escuchar tangos y a ver crecer a mi primer hijo hablando inglés.

Muchos saben de la descomunal experiencia que significa vivir en tierra ajena, en un idioma prestado, con normas, reglas y hábitos diferentes: ir al Primer Mundo en esa época pre-globalización, comparado con nuestra precaria Argentina post-dictadura, era como visitar literalmente otra galaxia. Pero todo fue suma: vivir en el microclima multicultural de un Departamento de Español donde convivíamos latinoamericanos, europeos y asiáticos; tener al alcance de la mano el universo convertido en impensables bibliotecas nutridas de todo;

reconocer la diferencia cultural y sacar provecho de ello; aprender a convivir con otra lengua y otras leyes valorando a la vez mi propio origen... Allí comencé a publicar artículos, trabajé como asistente editorial de una revista académica (*España contemporánea*), conocí maestros y profesores de todos los colores, razas, credos e ideologías políticas. Definí mis intereses que siguieron por el derrotero de la poesía española. Pero siempre con la cabeza puesta en el regreso: no a un país, sino a una lengua, una casa, una familia, un barrio, unos amigos... en fin, una suma de olores y sabores, un calor propio e irremplazable. Quise volver a pesar de los cantos seductores de la bonanza económica del “Imperio”, de un confort accesible a mis modestas pretensiones, de las promesas de exitosas carreras académicas con las mejores condiciones laborales. Pero yo quería ser quien quería ser en mi propio lugar. Y aunque no fue fácil (me recibió aquí la hiperinflación de 1989 y la ausencia de cargos en la universidad), remonté esas dificultades reiniciando mi trayecto de becaria y terminé el doctorado en 1991, en la UBA, con una poco ortodoxa Tesis sobre la poesía social antifranquista. Después, el camino andado hizo más fluido el nuevo andar. Mi nombramiento como Profesora Titular de la asignatura “Literatura y cultura española contemporánea” en la Universidad de Mar del Plata, me permitió asentarme en el espacio donde comenzaría a construir –hace ya más de veinte años- mi identidad académica.

Si tuviera que resumir en un puñado de razones mi trayectoria profesional elegiría cuatro dimensiones decisivas que se han ido entrelazando durante estos años: la universidad pública, la experiencia en el exterior, el trabajo en equipo y la contención familiar. La universidad pública le abrió las puertas a una estudiante de clase media con escasos recursos: hice mi carrera trabajando (enseñando inglés en academias). Formé un grupo de trabajo sustentado en relaciones laborales de respeto mutuo y exigencia, que derivaron en amistad con las que fueron mis tesis y becarias y hoy son colegas. El apoyo de mi familia cimentó una vocación definida: primero y siempre por mis padres, después y siempre por mi esposo, también investigador, y mis dos hijos. Una mamá que trabaja fue la fotografía a la que se acostumbraron desde su nacimiento, y en la cual proyectaron y naturalizaron estilos de convivencia y hábitos cotidianos. Los

viajes al exterior, sobre todo mi contacto asiduo con España desde 1993, fortalecieron definitivamente mi carrera. Firmé convenios, participé en congresos y di muchas conferencias en la península; formo parte hoy de dos proyectos como asesora e invité a participar a colegas españoles en varios volúmenes que compilé. Publiqué libros propios en editoriales de España y di seminarios de posgrado. El saldo no puede ser más favorable: nunca me sentí extranjera. La generosidad con que fui acogida me hizo sentir una más, aunque nunca olvidé que mi mirada viene de este lado del Atlántico.

En cuanto a los dos núcleos centrales de mis intereses, la crítica de poesía española contemporánea y los problemas teóricos en torno a la subjetividad discursiva, quiero consignar unas pocas reflexiones. Hace años escribía en un artículo sobre cómo me posicionaba como sujeto de la crítica (argentina) frente a mi objeto de escritura (español) (Scarano 2000b). El trayecto crítico que me ha llevado a estudiar España desde Argentina comenzó hace tres décadas por carriles institucionales, pero mucho antes se inició la experiencia de leer España desde el sur; leer una literatura nacional desde otra frontera geocultural, literalmente: la otra orilla. Sin embargo, nunca he sentido la poesía española como algo ajeno; por el contrario, siempre he leído esta literatura como propia, especialmente por la impronta española presente fuertemente en la historia de la escuela argentina, que nos permitió recibirla como una modulación más, apropiada desde el otro lado del mar por generaciones de inmigrantes y sus descendientes.

En cuanto a mis intereses teóricos, desde el principio me apasioné por los derroteros del sujeto poético. Textualidad pura, naturaleza retórica, personaje de papel, quien dice yo en el poema no termina de construirse hasta que le damos entidad con la lectura. Y siempre perseguí la realidad, la persona, la historia que palpita tras esa voz verbal. No porque crea en una ilusoria referencialidad autobiográfica, sino porque no entiendo la literatura desgajada de sus contextos, pliegue de una cultura, figuración de un autor que recoge en su escritura las huellas sociales que lo delatan y lo suplementan, siempre diferido y desplazado, pero siempre encarnado en la historia común. No es caprichoso que quien examine las poéticas que he estudiado (poesía social, coloquial, figurativa, nuevos realismos,

hiperrealismos) descubra un denominador común. Aunque me formé estudiando el modernismo y las vanguardias, que extremaron el extrañamiento y la ruptura, con un lenguaje siempre en pie de rebelión contra las “palabras de la tribu”, la poesía que me permitió desarrollar más desafíos críticos y teóricos fue la que exhibe tonos cotidianos, no se erige en culto de iniciados, no sacraliza el margen artístico, sino que quiere intervenir decididamente en la sociedad.

Así se sucedieron mis objetos de estudio: de la mano de la poesía me interesó ver el funcionamiento de la enunciación, los bordes del yo lírico, pero también el espacio autobiográfico, las implicancias pragmáticas de quien dice *yo*, el problema de la autoría. Dilemas del sujeto, enigmas del yo, diáspora autobiográfica, alucinación de la referencia, provocaciones del realismo, la categoría histórica de *experiencia*, los rituales de intimidad, la *historia desde abajo*, los vínculos entre esfera privada y pública, la poesía como acto de sentido... son algunos títulos de capítulos en los volúmenes teóricos que publiqué. En mi experiencia, siempre han ido de la mano la teoría literaria, la crítica sociológica y cultural, el análisis del discurso y la lectura del texto en su contexto; conforman todos juntos los cimientos de una actividad intelectual que me ha consumido horas, meses, años, sin dejar de apasionarme como el primer día.

Cuando les pregunto a mis alumnos al comenzar cada curso: ¿por qué quieren “estudiar literatura”?, ¿qué “hacemos” en la carrera de Letras?, ¿cuál es nuestra “actividad”?, trato de enfrentarlos al hecho de que estudiar literatura es bucear críticamente en los textos “y sus alrededores”, interpretar sus múltiples significaciones, sus variantes de lectura en la historia, sus efectos en el cuerpo social de su época y de las posteriores. “Hacer” crítica literaria/cultural es conjeturar hipótesis más que aseverar verdades, porque se trata de una ciencia no exacta sino “hermenéutica”, una ciencia de la interpretación, cuya validez nace de los fundamentos de su argumentación, de su poder de persuasión, de su contribución a hacer un poco más inteligible los siempre inagotables mecanismos de la creación. Creo que aún siguen siendo válidas las preguntas que nos llevaron a muchos de nosotros a estudiar Letras. Y me gusta recordárselas a mis alumnos, para que no las olviden en el transcurso de esta “carrera” (lamentable término que más de una

vez transforma el aprendizaje y evolución en competitividad y lucha). ¿Qué nos “dicen” los textos literarios, más allá de sus palabras literales? ¿Cómo interactúan con nosotros desde el pasado de su inscripción al presente de nuestra lectura? ¿Qué esperamos de ellos? ¿Qué efectos (y afectos) suscitan en nosotros como lectores? La operación de lectura es siempre un modo de reescritura, pero nunca desde un vacío o una subjetividad aislada y atemporal. Somos personas en situación. Leemos con y desde una enciclopedia cultural, una educación sentimental, una formación intelectual, un territorio e historia concretos (por más que nos quieran convencer de lo contrario). *Leemos desde la vida*: verdad que hoy más que nunca debemos reivindicar, sin caer en falacias biográficas, pero con el convencimiento de que la tan mentada “muerte del sujeto” es un axioma afortunadamente perimido. (Scarano 2009)

Releo las dedicatorias de dos de mis libros más míos y no me arrepiento de haber consignado allí mis deudas más personales. En el año 2000 dediqué *Los lugares de la voz*, a mi esposo y a mis hijos “por enseñarme a vivir en el mundo real.” Pero especialmente a mi madre (que falleciera un año antes), porque con ella “aprendí la magia de entrelazar las palabras y las cosas.” Ese libro coronaba mis años de formación teórica reconociendo las deudas familiares y afectivas más ostensibles. Porque un libro es una forma de capturar el tiempo vivido, esa dedicatoria era mi modo de homenajear el aprendizaje decisivo del lenguaje desde el seno materno, con aquel inocente consuelo infantil sostenido en la creencia de que cada palabra remitía a una cosa, sin conflictos. Esa fue sin duda la mejor lección de mi madre: la confianza en los vínculos que puede enhebrar el lenguaje con la realidad.

Unos años más tarde, en 2007, en el libro *Palabras en el cuerpo. Literatura y experiencia*, consigné en la dedicatoria la otra despedida final, que me arrojó a ese espacio desconcertante de la orfandad: “A mi padre, por enseñarme a ponerle el cuerpo a las palabras y legarme su ética de la experiencia.” Era mi modo de homenajear a quien me enseñó la otra cara del lenguaje: el peso de la ética, la contundencia de los actos más allá de la seducción de los signos. La lección de mi padre fue la que me persuadió de la importancia de la experiencia de vida en mi oficio de crítica. Justamente de lo que

hemos venido a hablar a estas Jornadas. Deudas familiares, reconocimientos imprescindibles a la hora de escribir, estas dedicatorias exhiben de mí mucho más que los libros eruditos y los sesudos análisis. Por eso termino parafraseando al admirado Montaigne en sus *Confesiones*: “Es este un relato de buena fe, lector... Yo misma soy la materia de mi historia”.

Bibliografía

Bajtin, Mijail (1985). *Estética de la creación verbal*, Madrid, Siglo XXI.

Bourdieu, Pierre (1997). “La ilusión biográfica”, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama: 74-83.

....., (2006 [2001]). *Autoanálisis de un sociólogo*, Barcelona, Anagrama.

Foucault, Michel (1993). *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*, Barcelona, Anagrama.

García Montero, Luis (1998). *Completamente viernes*, Barcelona, Tusquets.

Pozuelo Yvancos, José María (1993). *Poética de la ficción*, Madrid, Síntesis.

Ricoeur, Paul (1987). *Tiempo y narración*. 2 tomos, Madrid, Ed. Cristiandad.

....., 1996. *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI,

Scarano, Laura (2000^a). *Los lugares de la voz. Protocolos de la enunciación literaria*. Mar del Plata: Melusina.

..... (2000b). “La otra posmodernidad (Reflexiones sobre España desde Argentina)”, *Celehis*, año 9, No. 12.:257-281.

....., (2007). *Palabras en el cuerpo: Literatura y experiencia*. Buenos Aires, Biblos.

Biblos.

....., (2009), “¿Qué significa estudiar “literatura” en la universidad del siglo XXI?” *Revista Nexos (UNMdP)*, año 16, no.26, junio: 4-6.